



Decir “tú” en el lugar
donde antes “yo” decías,
mudar el amor propio
por otro ya esencial, y aún más propio,
escucharte llamado por tu nombre
por alguien que custodia tu secreto,
cambiar todo otro bien
por solas las promesas de su boca,
por ascuas que te miran igual que ojos,
(por el espejo en ellos),
tomar su mano,
sin otra posesión,
antes que el universo.

Todo eso es demasiado, innmerecido.

No le es debido
a criatura humana.

Es un exceso, un lujo.

También aún sin ello
vivir resultaría llevadero,
del todo irrazonable

darse a la sobredosis
camino de la nada,
maldecir de la vida y abdicar.

No declares injustos a los dioses,
si hasta el final incluso lo deniegan.

Pero, allí, inesperado,
donde florece el trébol de cuatro hojas,
cuando otra criatura,
de carne como tú, tiembla a tu lado,
y le eres necesario
como otro don magnífico,
entonces se produce
un eco de big-bang.

Empieza el mundo, el tiempo.
Y tú te reconcilias,
estás justificado.



Merece el único,
sea, en ejemplo, Mozart,
todos los homenajes.
Es bien cierto.
Pero tampoco todos.

Será muy necesario,
de veras saludable, equitativo,
reservar franco elogio,
no menos cierto, en épica menor,
para Antonio Salieri, los Salieri.
Éstos son muchos.

Alguna vez ha de tocarles a ellos,
a los que padecieron y gozaron
la vecindad del único,
del genio ígneo, solar,
y allí se consumieron,
los que tenían talla no genial, tan sólo ingenio,
sin dotes suficientes
para alcanzar su colmo y desmesura,
aunque bastantes, sí,
para llegar a comprender, medir y sopesar,
para tomarle las medidas al impar,

y que tuvieron arrestos aún entonces
para aspirar a ello.

Sea homenaje, pues,
a todos los de a pie, de corto vuelo,
artistas y artesanos sin talento
-la gran infantería de la historia,
la poesía y música,
la prosa y pensamiento-
y, sin embargo, dignos.

Salieri, tal vez ni eso, eres tú mismo,
y tú y tú y aquéllos,
todos nosotros somos.

No tuvo él
por qué envidiar
al dios creador próximo.
Es bastante fortuna
admirar desde cerca y emularle
en empresa imposible.

Pero ¿cómo extrañarse
de la carcoma de esa envidia?



“Mi abueliito
tenía
un reloj
de pared
que le compraron
cuando nació...”

Así me lo contaban, me acunaban.

Moría el abuelito,
se paraba el reloj.

Era así por entonces,
ahora no ya.

En la edad de cantarles canciones a los nietos
sabes perfectamente
que el reloj no se para
cuando tú te detienes
y que tu corazón
no es el postrer reloj.

Cuando él se haya parado,
tus relojes
seguirán, cumplirán su recorrido.

Ahí están, ahí estarán marcando el tiempo.
viendo pasar el tiempo,
los relojes,
la Puerta de Alcalá.